

U

N mínimo decoro democrático impide a los políticos fantasear con la censura, incluso en sus sueños más lúbricos. Aun así, alguno habrá que se

así, alguno habrá que se despierta con insomnio: «¿qué sentido tiene que no se puede ejercer el control cuando se satisface con estas cosas?». ¿Aún *friki* aún en activo, que Franco y puede que aún se haga la distinción de «¡muerte al autor de la clase política se le ocurriera eso!», instintos. Otra cosa, ya, es que se produzcan los sucedáneos que ni ellos mismos se dan cuenta.

ca —se dijo en la Transi-
e la censura administrati-
los objetivos empresariales
creación, no va a ser la ciu-
recho a elegir en taquilla, la
arnos. (La ideología de al-
sí, pero eso puede ser in-
ue se inventó la taquilla en
blarle en necio para darle
dumbre, pero nunca un im-
esidad que tuvieron los po-
os de potenciar la censura
on el que impidieron a lo
o que fuera «disgusto» para
que le diera al «vulgo».

Cuesta advertir la perversión de sistema —de hecho, puede parecer incluso progresista—, por lo que la ciudadanía, agradecida y sin apenas sospecharlo, se convierte así en público cautivo de estas programaciones que se le ofrecen a tan buen precio. Y con esto no estoy cuestionando la validez de los espectáculos, sino el sistema que los selecciona. Que el criterio de una persona, por muy preparada que esté —y aquí me ahorro todas las ironías—, suplante la opinión del colectivo no parece un sistema muy participativo, por más que esa persona haya sido nombrada por el político que ganó en las urnas.

Y es que el gestor cultural, figura imprescindible cuya atención debería centrarse en optimizar la vertiente económica de la cultura, por el solo hecho de su nombramiento queda supuestamente investido de unos conocimientos que tal vez no tenga —quién no sucumbiría ante semejante tentación—, y de ahí a pontificar hay solo un paso. Y esto no ocurre solo en el teatro, sino en toda la gestión cultural. En artes plásticas, que van a la cabeza de esta aberración, algunos comisarios —también los directores de ciertos museos— reivindican la autoría de su discurso expositivo, de forma que lo importante no son los cuadros expuestos, sino el orden en el que ellos los cuelgan. El arte de clavar alcayatas. Con lo que, a la postre, es su punto de vista el que sanciona, el que promueve, el que determina, en última instancia, qué tendencias serán santificadas.

En teatro no somos tan «modelnos», aunque podríamos llegar a serlo si no se le pone remedio. Aquí las obras aún tienen vida propia —apenas existen «programaciones de autor»—; no obstante, los programadores, al hacer su trabajo, quíeránlo o no, inciden igualmente en el proceso de creación de unos espectáculos que deberán someterse a su criterio. Son los despachos y no los patios de butacas los que determinan qué teatro se debe hacer. De ahí que sea prioritario para toda política cultural que se considere progresista y no controladora poner los medios necesarios —las asociaciones de espectadores podrían ser la solución— para devolver a los ciudadanos —que, en definitiva, son los que pagan los espectáculos con sus impuestos— la capacidad de elegir. *(Continuará).* ■